

A la hora de la verdad

Energía e imaginación

LO malo —o lo bueno— de la «crisis» actual es que no hay manera de volver atrás. Y me refiero, concretamente, a la llamada «crisis energética». La cual, desde luego, no es la única que tenemos planteada, pero sí la que parece básica y decisiva. Cuando los jeques del petróleo deciden aumentar el precio de los crudos, de manera automática suben todos los demás precios: todos. Si surge alguna excepción a la regla es casi seguro de que se trata de cualquier error de cálculo en los medios agropecuarios, que nunca se enteran de nada y son, de hecho, un extraño fósil económico. La sociedad en que vivimos —incluidos los agricultores y los ganaderos, por decirlo de algún modo— se halla montada sobre unas «necesidades de energía» que estamos acostumbrados a cubrir con el «oro negro». Pienso que ni siquiera se evaden de esta fatalidad las últimas tribus paleolíticas supervivientes. Cuando se acabe el petróleo, no sólo pagarán las consecuencias los países superindustrializados, con sus automóviles, sus electrodomésticos, sus fábricas imponentes, sus farmacias y sus quirófanos, sino también, y más, el Tercer Mundo, todavía dependiente de los otros dos...

Pero, sobre todo, las áreas habitadas, ya que no a la prometida «opulencia» de la sociología occidental de hace diez o quince años, por lo menos a las migajas del supuesto banquete del «desarrollo». En estas zonas, el «sistema», sea capitalista o no, ha de buscar y encontrar rápidas soluciones al problema. Ya lo intentan. Eso de las «nucleares», con todos sus riesgos, es una opción. La gente protesta —¿y quién no?—, pero inútilmente: la cosa no tiene remedio, y sería una bobada atribuir el truco a la avidez crematística de las multinacionales interesadas, obvia y descontada, si candidamente olvidamos la «necesidad» pendiente y que la idílica consigna de «átomos para la paz» puede cubrirla. Estas reacciones son lógicas e inevitables. Pero ¿qué alternativa se ofrece, de momento? ¿Sustituir el coche y sus gases por la bicicleta? ¿Un reaccionario «retorno a la tierra», a base de comunas y de chalets, siempre tramposos y sofisticados? Las muchedumbres, hoy día, son «urbanas»: abandonan los pueblos miserables para habitar un pisito menos miserable en las ciudades. Y que nadie se engañe sobre el particular.

Porque el vecino «urbano» desea tener unas cuantas comodidades elementales: el ascensor, el cuarto de baño —aunque sea una módica ducha y un inodoro de cerámica—, y una nevera eléctrica, y un televisor, y un colchón amable, y...

¿Quién renunciará a eso? ¿Qué ama de casa querrá volver a lavar la ropa por el procedimiento ancestral, ni qué enfermo se abstendrá de los recursos clínicos tecnológicamente complejos, ni qué mamá feminista no clamará para que le aguanten el crío en una guardería servil? Las preguntas, meramente retóricas, podrían multiplicarse. Y digo que son «meramente retóricas» porque, a la hora de la verdad, nadie, nadie, se decidiría a prescindir de éstas u otras afabilidades. Las divertidas experiencias antiindustriales de Lanza del Vasto, por ejemplo, donde, después de santiguarse, los hombres cultivaban berzas o lino, y las mujeres tejían a mano y cocinaban unas precipitadas amarguras ascéticas, tenían un teléfono —un ignominioso teléfono— para llamar al médico o comprar aceite, camisetas de fibras sintéticas, o caldos comprimidos. Ignoro lo que se hizo de Lanza del Vasto. Su superchería fue colosal. Como sus libros: una mayor superchería. Estos histrionismos confunden, más que aclaran.

¿Qué ocurrirá cuando no haya un sorbo de carburante petroquímico que llevarse a la boca? Será un «apocalipsis», auguran los socioecólogos, y como juegan a manipular el miedo «milenarista» los propietarios de pozos petrolíferos. El otro día, paseando por Roma, hojeé una revista sensacionalista, en la cual se anunciaba la amenaza árabe sobre Italia. El Gadhafi habría dicho: «Embórrachémoslos primero con gasolina». Y luego él, vendedor del carburante, tendría la sartén por el mango. Quizá ya la tiene. ¿Quién manda en Italia? Me temo que, como en muchas otras partes, los dueños del petróleo, a través de las finanzas y de la diplomacia. ¿«Apocalipsis»? Puede que sí, puede que no. Si se desencadena, quien tiene más que perder es una u otra multinacional, y las multinacionales no se crearon para perder. No habrá tal «apocalipsis». Los profetas del marxismo, que ignoraban la eventualidad de la «crisis energética», vaticinaron el pronto derrumbamiento del capitalismo, y ahí está el capitalismo, no demasiado pimpante, pero sólido y armado. Marx, que no era tonto, en el «Manifiesto» ya insinuaba que la burguesía era una clase dinámica y progresiva, pese a sus contradicciones internas. Y en eso estamos todavía. Como los comunistas occidentales que saben sumar sus peos —¿sabe sumar el doctor Tamames?—, la ventaja de los otros es eminente. Y ya procurarán arreglarlo.

Se agotará el petróleo, y los morabitos de hoy pasarán velozmente a la historia sin pena ni gloria: el Califato de Córdoba, pobrísimo, dio mucho más de sí. Y el Islam, mientras perdure, será, con petróleo o sin él, no una política ni una

religión, sino el simple odio al tocino y al alcohol: las dos mayores creaciones de la humanidad prehigiénica, la buena, la excelsa. Y, antes de que el petróleo desaparezca, las multinacionales se inventarán un sucedáneo. Yo creo que sí, por la cuenta que les tiene. Ya ha habido un docto fulano con su Premio Nobel a las espaldas que anuncia sacar de unas plantas un sustituto del petróleo. Quizá sea una fantasía de laboratorio. Quizá no. Alguien dijo que «la sociedad sólo se plantea los problemas que puede solucionar», o algo por el estilo. Maticemos el aforismo: la sociedad sólo se plantea los problemas que necesita solucionar. Y ahora le urge arreglar el asunto de la energía. Puede que me equivoque, pero creo que las multinacionales saldrán del paso, con petróleo o sin petróleo. Apurarán el apuro, porque no todo el petróleo es árabe. Pero no dejarán que su magnífico tinglado se vaya al cuerno. Habrá sus más y sus menos: no demasiados. Y brotarán nuevas «fuentes de energía». El «mercado» no puede quedar desasistido. En la órbita socialista —de «capitalismo de Estado», dicen— no habrá diferencias notables: la «sed de petróleo», a estas alturas, no distingue entre «revoluciones» y «reacciones».

Y, lo que es decisivo, la sociedad urbana no quiere dejar de serlo. Ni puede dejar de serlo. ¿Quién se atrevería a deshacer las «megalópolis»? No los políticos de derechas ni los de izquierdas, y menos aún los proveedores de tales aglomeraciones. Ni los chicos de discoteca y porro. Esta unanimidad abarca parlamentos, estadios, fiestas, universidades, modos de producción, iglesias, prensa periódica, estilos de fornicación, televisiones, aranceles, poesía lírica, medicina, humorismo, arquitectura, gastronomía, escuelas, Estados, chicles, magistraturas, y el ascensor, particularmente el ascensor, cuando el vecindario se ve obligado a instalarse en pisos altos y baratos. No sólo «lavorare stanca»: también cansa subir escaleras. Y una gran ciudad sólo es un complot de escaleras. Y el ascensor nos remite al petróleo, a las nucleares, a... ¿A qué? Tengo docenas y docenas de amigos que viven en áticos y son ecologistas: en el ático se respira mejor, como en el «Tenorio», pero se ha de subir a pie, y no suben a pie, o se han de utilizar ascensores que, en un sitio u otro, polucionan... Y consumen petróleo, ¡ay!... Esperemos la novedad: la alternativa.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LA DEGRADACION DEL TIBIDABO

Señor Director:

Desde hace más de treinta años he sido un asiduo visitante a la cumbre del Tibidabo. No obstante, el lugar que antes era motivo para una agradable visita se ha convertido en una inmensa máquina tragaperras. Lo que antes fue una tranquila plaza que tenía como máxima atracción la maravillosa panorámica que desde la misma se podía contemplar albergando únicamente la conocida atalaya, está ahora casi copada por atracciones de todo tipo entre las que destaca, por su fealdad y enormidad, la barraca de tiro, que además de ir usurpando al visitante cada vez más metros de baranda en la que recrearse con la visión que desde allí se domina, hacen que un día de fiesta parezca aquello una estación de metro en horas punta.

La zona de «picnic» que tan bien se complementaba con la visita al lugar y de la que la empresa explotadora alardeaba como un aliciente más, ha sido prácticamente aniquilada con la instalación de una nueva atracción mecánica que además casi ha cortado la entrada a la plaza por el magnífico paseo que venía de la emisora de Radio Barcelona y también desde el hotel, dejando un paso muy estrecho quizá preparado para el cobro de alguna percepción para entrar en el recinto, que todo llegará...

Quiero hacer desde esta atalaya que es también su espléndido periódico, un ruego a nuestras autoridades para que un lugar tan característico como es el Tibidabo, no pierda su identidad por un ánimo de lucro desmedido y vuelva a ser lo que antaño fue, un lugar de sano esparcimiento para el ciudadano y excursión obligada de todos los que nos visitan sin que tengamos que aguantar tanto histeria, tanto ruido y tanta presión para vaciar nuestros bolsillos.

Rafael AGUILAR MEDIAVILLA

INCOMPREENSIBLE RENFE

Señor Director:

El lunes 30 de junio me dirigí a la estación de RENFE en Sants, con objeto de sacar un billete para Venta de Baños, para este mismo día por la tarde. En el mostrador de información una señorita me indicó que debía dirigirme a la taquilla de «venta anticipada». Eran las 10.30 de la mañana, y aunque la cola no era grande, no llegué a la taquilla hasta las 13.30. Pero, he aquí que, una vez en la taquilla, el empleado me dice que allí no es y que debía ponerme en otra cola. De nada sirvieron mis razones acerca de las tres horas que llevaba aguardando allí. Según me dijo, él no podía hacer nada.

De nuevo en el mostrador de información, la señorita que me atendió en un principio insistió en que me había informado bien; que se trataba de la taquilla mencionada y que podía reclamar al jefe de taquillas. Pero ni así. El jefe de taquillas se había marchado y no había absolutamente nadie que asumiese su responsabilidad. Todo se redujo a una reclamación escrita que, según el mismo empleado, no serviría para mucho. Y, por supuesto, yo no pude salir de viaje ese día.

Ante estos hechos, pregunto: ¿Es que debemos pagar los usuarios la falta de coordinación entre los distintos departamentos de RENFE?

—¿Es que en RENFE cualquiera puede ausentarse de su puesto de trabajo sin que quede nadie sustituyéndolo?

—¿O es que quizá basta un libro de reclamaciones para sustituir a un jefe de departamento?

—Y, por último, ¿es sirviendo de esta forma al cliente como RENFE pretende alcanzar niveles europeos?

Antonio PALOMAR DEL RIO

NOSOTROS LOS FOTOGRAFOS

Señor Director:

La supresión de las fotografías del carnet de identidad efectuadas por los fotógrafos representaría un durísimo golpe a nuestra ya mermada economía familiar, ya que esto es la base primordial de supervivencia de más de 10.000 estudios fotográficos de toda España.

Si «Contribuir da derecho a exigir», yo, como contribuyente (con más de treinta años de antigüedad) exijo al Ministerio del Interior que permita a los estudios fotográficos continuar haciendo las fotos para el próximo nuevo carnet de identidad, pues de lo contrario la larga lista de parados se va a incrementar con 10.000 españoles más, los cuales, además, para colmo de calamidades, no cobrarán ningún tipo de seguro de desempleo por ser trabajadores autónomos.

M. RAMENTOL (Fotógrafo)

INICIATIVA DE «BARNA CENTRE»

Señor Director:

Me dirijo a usted en calidad de pintor fundador, y actual coordinador de la Mostra d'Art de la plaza de Sant Josep Oriol, para matizar la información dada en la primera plana del número del domingo, 29 de junio.

1.º La Mostra nació como iniciativa de «Barna Centre» y sin ningún propósito de copia o imitación de otros mercados de arte foráneos. Tanto su origen como su actual organización nada tienen que ver con «le Tertre» de París (al respecto existe una plana dominical, 25 de julio de 1976, de su periódico tratando correctamente el tema).

2.º Los cuatro años de existencia de la Mostra, cada sábado y domingo, ha permitido el paso de unos trescientos artistas y artesanos y la consolidación del primer mercado de Arte en la calle, de nuestra ciudad.

3.º Desde estas líneas saludamos a GRACIART, y animamos a ir llenando nuestras plazas y calles de arte y convivencia, por el bien de Barcelona y sus habitantes.

Dario LOPEZ Coordinador Mostra d'Art

TASA POR TRASLADO DE MUEBLES

Señor Director:

En el mes de febrero de este año recibí una notificación del Ayuntamiento de Barcelona comunicándome que debía satisfacer la tasa de «traslado de muebles». Dicha nota llevaba un recargo —sanción del 20%— por no haberse

satisfecho en periodo hábil. Ante dicha comunicación y tal como indicaba el propio impreso, hice una reclamación impugnando la tasa, ya que no correspondía el «hecho imponible» a que daba lugar el impuesto municipal y asimismo el hecho de que la primera notificación del Ayuntamiento fuera con sanción de recargo, ya que esto no se ajusta a la Ley de Procedimiento Administrativo que especifica que: todo acto administrativo deberá ser notificado al administrado para su pago o impugnación y en caso de incumplimiento, y sólo en caso de incumplimiento, la Administración estará facultada a imponer sanciones.

Al cabo de tres meses dirigí ante el alcalde un escrito de «reclamación de queja» por no darse curso al expediente de reclamación. La Administración siguió sin hacer el mínimo caso ya que todavía espero contestación. Me dirigí telefónicamente al negociado municipal para recabar información y tras varios días de intentos inútiles conseguí localizar al jefe de servicio. Poco pudo aclararme y sólo remitirme al jefe de Unidad, el cual sí me aclaró todo:

Tengo razón, pero el Ayuntamiento no admite «por norma» estas reclamaciones y las desestima siempre dejando únicamente paso a la vía administrativa y posteriormente a la contencioso-administrativa ya que así el proceso es larguísimo y todo el mundo desiste salvo en casos de cantidades muy elevadas.

Creo que al obrar así, el Ayuntamiento, mejor dicho, la corporación municipal, parecen olvidar que en diciembre de 1978 se publicó una Constitución que dice que todos deben sujetarse a las leyes. Todos, hasta los poderes públicos y la administración municipal.

Carlos COLINA VALERO

EL ESTADO DEL PARQUE DE LA CIUDADELA

Señor Director:

Contestando a una carta publicada en esta sección con fecha 14 del cte., firmada por el señor Rahola y Aguadé, como presidente del S. M. de Parques y Jardines, en la que entre otras cosas invita a los ciudadanos «a estar atentos a cualquier incidencia en la ciudad y muy concretamente a lo que afecta a los parques y jardines, de los cuales soy el responsable directo», debo manifestar a dicho señor que, a pesar de dar la impresión de hallarse muy ufano por el estado de los mismos, quedará perplejo, se lo aseguro, si va a darse una vueltecita por el Parque de la Ciudadela. Así lo hice yo no ha muchos días, y no sólo perplejo me quedé, sino además profundamente indignado por el abandono en que se encuentra, comenzando por la puerta que usé, que está tan maltrecha y desvencijada que por más esfuerzos imaginativos que hice no pude deducir cómo pueden cerrarla por la noche, aunque lo mismo da, ya que vi que de aquella desdichada puerta falta uno de los barrotes, quedando un espacio por el que cómodamente puede introducirse quien quiera.

Bueno, sólo estamos comentando el estado de una de las puertas... ¿Seguimos? Creo que mejor es «no meneallo». Pero que conste, una buena parte del Parque de la Ciudadela se encuentra en perfecta concordancia con aquella maldita y ruinosa puerta.

C. CAMPA Y DE TRAVY

La calle y su mundo

Calamocos, no

Un pueblo quiere cambiar de nombre. (De los periódicos.)

No sabemos por qué el pueblito de Calamocos se llama de este modo. Calamocos está en el circunlo municipal de Ponferrada, y cada vez que los vecinos se trasladan a la ciudad —calificada de cabecera de comarca por los últimos geógrafos oficiales— soportan con singular entereza toda suerte de cuchufletas y guasas. En los comercios, les ruegan que no escojan el género a modo de candil; al niño travieso lo amenazan con darle un soplamocos y de la mujer que llora aseguran que lo hace a moco tendido. Es mucho, demasiado aguantar. Por estas y otras razones, los nativos consideran que el nombre Calamocos suscita el choteo y desean cambiarlo. Realizó este trueque Chozas de la Sierra, convertida en Soto del Real; Calabazas, en Las Hurdes, tomó para sí la denominación de Caminomorisco y, en el propio Bierzo, la antigua localidad de Villaviciosa de Perros se conoce ahora por Villaviciosa de San Miguel.

Se barajan, al parecer, dos nombres: uno Calabierzo y el otro Calabercel. Se ve que la imaginación no es excesivamente frondosa y mucho me temo que sea necesario apelar a los entendidos: gentes de letras, costumbristas, historiadores locales y otros competentes. Se nos antoja que se incide en conservar el nombre compuesto, dejando en su lugar el vocablo «Cala» y completándolo con «Bierzo» o «Bercel». Cabe que la cala sea una planta silvestre en aquellos terrenos y de ahí venga todo. La opinión general es retener la cala y desprenderse de los mocos. ERO.

El asunto, por su complejidad, no es moco de pavo y conviene meditarlo con seriedad y no dejarlo a merced de los concejales. Estimo que se debe reclamar el dictamen de Ramón Carnicer, antes de perderse en el oscuro mundo de las oficinas administrativas. Carnicer, además de berciano de pro, sabe un rato de estas cosas y está dotado de un estupendo sentido del humor, según ha demostrado en escritos de toda laya, novelas y cuentos. Carnicer debe ser consultado.

En ciertas zonas de este país, el humor que fluye de las narices, en forma de fideos, se le llama simplemente velas. «¡Suénate esas velas!», clama la madre al infante que se larga a la escuela en la fría mañana invernal; «¿A quién alumbran estas velas?», preguntamos al niño mocooso, que lee un tebeo. Y volviendo a la palabra que sirve de mofa, cumple no relegar otro significado que tal vez encaje en el caso que comentamos. Moco es una escoria del hierro batido y de ahí que el herrero recomiende templanza al barquín, no sea que salte el moco y se produzca un estropicio. Pero nadie quiere oír hablar de los mocos y se duda que sea aceptado Calavelas, que nosotros estimamos idóneo, aun corriendo el riesgo de que los chuscos ponferradinos le endilguen a los naturales de Calamocos, el remoque teológico de apagavelas, con lo cual el remedio sería, como tantas ocasiones, mucho peor que la enfermedad. El tema es abstruso, complicado, casi casi una cuestión de las llamadas antaño batallas, y que hacían tambalear a los gobiernos.— ERO.



Bunti
HOY REBAJAS

Diagonal, 506
Avda. José Antonio, 634
Diagonal, 584
Pº de Gracia, 88